

# Osamu Dazai

## Indigno de ser humano Traducción de Montse Watkins

### NADANDO EN LA IRRACIONALIDAD

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada, Nota de lectura, Nadadores

Fecha de Publicación: 23/03/2021

Número de páginas: 8 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos. Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com





### Licencia Reconocimiento - No Comercial 3.0 Unported.

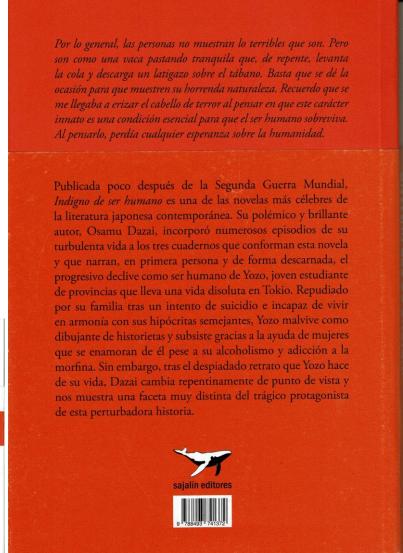
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

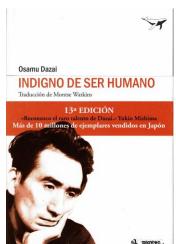
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org info@cedcs.eu

# Osamu Dazai: Indigno de ser humano

Traducción de Montse Watkins Barcelona, 2021. Sajalín editores. 13ª edic. (1ª en 2010)





Osamu Dazai (1909-1948) es un escritor maldito o raro, excéntrico, tan frecuentes en el Japón a caballo entre extrema tradición y extrema modernidad occidentalizante, cuyo paradigma para los occidentales sería Mishima, justo quien dice de este autor que tiene "un raro talento". Esa fascinación por el mundo y la cultura occidental se aprecia también en este texto de Dazai cuando compara la comicidad de uno de los personajes con Harold Lloyd (p.33), cita un autorretrato de Van Gogh o comenta la moda de la escuela impresionista en Japón y comenta las mujeres desnudas de Modigliani (p.35), sin duda, durante una etapa de estudio de la pintura, viendo reflejada en su vida la bohemia artística occidental como un rasgo de su personalidad, o al menos la imagen deseada para sí mismo. Las fechas mismas de su vida, 1909 y 1948, y su muerte prematura y voluntaria, pues se suicida con menos de cuarenta años, justo cuando el Japón sale de la traumática segunda guerra mundial con las bombas

atómicas en su territorio y el final impuesto de la condición divina del emperador. Tal vez el desorden mismo de un ideal de vida bohemia a la occidental estaría en relación con ese descoloque de época que debió de ser duro y profundo.

Al poco tiempo de estudiar pintura, uno de mis compañeros me hizo conocer el alcohol, el tabaco, las prostitutas, las casas de empeño y el pensamiento de izquierdas. Parece una combinación un poco rara, pero así aconteció en realidad. (p.39)

También, como a muchos japoneses modernos, la fascinación o la intriga que le causa el cristianismo aparece, como en su caso al evocar a la virgen María como contrapunto de las prostitutas:

Pronto comprendí que el alcohol, el tabaco y las prostitutas eran un método excelente para liberarme del miedo a los seres humanos, aunque fuese sólo por un momento. [...] Las prostitutas no me parecían personas ni mujeres, más bien me daban la impresión de personas idiotas o locos; [...] En estas prostitutas idiotas o locas alguna noche vi una aureola de Virgen María. (pp.42-43]

El contacto con el partido comunista, a través de una "Asociación de lectura", lo considera un signo más de "modernidad", también relacionado con su "sentimiento de culpabilidad", en un resorte más de esa sensibilidad dañada por algo indefinible pero cada vez más consustancial a ese hombre torturado pero para quien esa tortura misma se hizo más querida que su "propia sangre o carne":

Para un hombre en estas circunstancias, el movimiento de un movimiento clandestino suponía una extrema tranquilidad, una sensación de bienestar; en suma, más que los objetivos del grupo político, podría decir que me atraía su ambiente. (p.46)

### NADANDO EN LA IRRACIONALIDAD

En fin, vida bohemia y desordenada e izquierdismo en un joven japonés de entreguerras del siglo XX puede convertirse en una trama lógica de su contestación a una sociedad formal que hace aguas por todas partes ya y que en ocasiones a un lector occidental nos puede dar la impresión de un vago surrealismo o de un salto a una irracionalidad creadora. Y es en ese entramado en donde surge la figura, en este caso hasta trascendente, del Nadador:

La irracionalidad... Me producía un cierto placer. Mejor dicho, me hacía sentir cómodo. El seguir las normas establecidas me parecía mucho más temible – me parecía que había en eso algo tremendamente poderoso –, era un mecanismo incomprensible; no podía seguir sentado en esa habitación fría y sin ventanas. Fuera se extendía el océano de la irracionalidad, y lanzarme a nadar en sus aguas hasta morir se me hacía más placentero.

Vi tres fotografías de aquel hombre. La primera podría decirse que era de su infancia, tendría unos diez años. Estaba rodeado de un gran número de mujeres —imagino que serían sus hermanas y primas—, de pie, a la orilla de un estanque de jardín, vestido con un hakama\* de rayas ralas. Tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda unos treinta grados y mostraba una desagradable sonrisa. ¿Desagradable? Tal vez las personas poco sensibles a los asuntos de belleza comentarían con indiferencia: «¡Qué niño tan gracioso!».

Aunque, de hecho, era suficientemente «gracioso» como para que este vago cumplido dirigido al rostro del niño no pareciera fuera de lugar, alguien con solo un poco de sentido estético exclamaría: «¡Qué niño tan horrible!» a la primera mirada y quizá apartaría de un manotazo la fotografía con repugnancia, como quien ahuyenta una oruga.

Desde luego, cuanto más se mirase el rostro sonriente del niño, más producía una indescriptible impresión siniestra. En

\* Especie de falda pantalón larga utilizada con el kimono en ocasiones formales. (Todas las notas a pie de página son de la traductora.)

7

La fascinación y la atracción por los "marginados" y la "conciencia delincuente", así como el "sentimiento de culpabilidad", eran vectores o ejes de la vida de este personaje de novela que, por alguna razón misteriosa, se nos antojan apreciaciones de rara sinceridad autobiográfica del propio autor. Literariamente la novela corta adopta un recurso de éxito en su género, plenamente cervantino para nosotros también, el del manuscrito encontrado. Unos cuadernos de notas sirven de eje para el narrador, con un breve texto introductorio y otro breve de epílogo, que recogeremos a continuación pues no harán más que animar a un posible lector a ir a por el relato original, esperamos, al menos. He aquí la introducción, que sirve de presentación del manuscrito – los tres cuadernos – encontrado:

realidad, no era un rostro sonriente. El niño no sonreía en absoluto. Una prueba era que tenía los puños apretados. Nadie puede sonreír con los puños cerrados con fuerza. Era un mono. El rostro sonriente de un mono, todo arrugado. Era un rostro tan raro que daban ganas de exclamar: «¡Qué chiquillo tan arrugado!»; tan repugnante que revolvía el estómago. Jamás he visto a un niño con una expresión tan extraña.

El rostro en la segunda fotografía era tan diferente que causaba sorpresa. Era de la época de estudiante. No se podía apreciar si de secundaria o ya estaba en la universidad, pero era un muchacho extraordinariamente apuesto. Mas, de nuevo, acontecía algo extraño: no daba la impresión de tratarse de un ser vivo. Iba vestido con un uniforme, de cuyo bolsillo delantero asomaba un pañuelo blanco, y estaba sentado en un sillón de mimbre con las piernas cruzadas. También sonreía, pero esta vez no era el rostro arrugado de un mono sino que mostraba una sonrisa inteligente. Sin embargo, era distinta a la sonrisa de un ser humano. ¿Cómo decirlo? Le faltaba el peso de la sangre, la aspereza de la vida. No producía el efecto de tener sustancia; no tenía ni el peso de un pájaro, apenas el de una pluma. Era una simple hoja de papel blanco con una sonrisa por completo artificial. Utilizar los adjetivos pedante, frívolo, falso, sería poco. Y, por supuesto, tampoco servía el término dandismo. No obstante, mirándolo bien, este guapo estudiante producía una sensación horripilante, de mal agüero. Nunca he visto a un muchacho tan bien parecido con un aspecto tan peculiar.

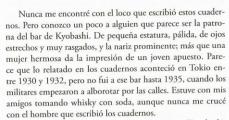
La última fotografía era la más horrible de todas. No se podía adivinar su edad, aunque parecía tener algunas canas. Estaba en una habitación muy deteriorada; se veía con claridad que la pared se estaba desmoronando en tres lugares. Esta

vez no sonreía, ni tampoco tenía expresión alguna. Sentado en una esquina, se calentaba las manos en un pequeño brasero. La fotografía producía la impresión lúgubre de que estaba muriendo. Era espeluznante. Y no solo esto. El tamaño del rostro en la imagen me permitió observar sus facciones con detalle; la frente era normal y sus arrugas también, así como las cejas, los ojos, la nariz y la barbilla. Aaah..., no era solo que el rostro no tuviera expresión; tampoco producía ningún tipo de impresión. No poseía características propias. Al cerrar los ojos después de ver la fotografía, el rostro desaparecía de mi memoria. Podía recordar la pared y el pequeño brasero; pero la impresión del rostro se había borrado y no había manera de recordarla. Nunca podría pintarse un retrato de él. Tampoco hacerse una caricatura. Ni siquiera existiría la satisfacción de, al abrir los ojos, poder exclamar: «¡Ah, era así el rostro!». Para expresarlo de la forma más extrema, al abrir los ojos y observarlo de nuevo, tampoco conseguía reconocerlo. Me resultaba fastidioso, irritante hasta el punto de hacerme apartar la mirada.

Incluso una máscara de muerte sería más expresiva y causaría más impresión. Me pregunté si el colocar la cabeza de un caballo de carga sobre un cuerpo humano produciría una sensación tal. En fin, mirarlo me provocaba un escalofrío de repugnancia. Nunca hasta entonces había visto un rostro humano tan extraño.

9

### Y he aquí la despedida, el Epílogo:



Pero, en febrero de este año, tuve que viajar a Funabashi, en la provincia de Chiba, para visitar a un amigo que había sido evacuado allí durante los bombardeos. Este amigo de la época de la universidad era profesor en una universidad femenina. Como tenía que ir para encargarle que mediara en arreglar la boda de uno de mis familiares, se me ocurrió que podría aprovechar para comprar pescado fresco para mi familia. De modo que me eché una mochila a la espalda y partí.

Funabashi era una ciudad bastante grande que se extendía frente a un mar lodoso. Como mi amigo llevaba poco tiempo

121

viviendo allí, cuando pregunté por su casa, incluso con la información del nombre de la calle y el número correctos, nadie supo indicarme el lugar. Además de hacer frío, me dolía la espalda por la mochila. Entonces, atraído por el sonido de un disco con música de violín que salía de un café, empujé la puerta y entré.

La patrona me resultaba conocida y, cuando le pregunté, resultó ser, precisamente, la misma persona del bar de Kyobashi al que había ido diez años atrás. La mujer enseguida me reconoció y, después de organizar ambos un pequeño alboroto y reírnos, nos pusimos a hablar de lo que era habitual en aquellos días, es decir, la propia experiencia durante los bombardeos.

- —Pero usted no ha cambiado nada —dije.
- —¡Qué va, ya soy vieja! El cuerpo ya no me responde como antes. Usted sí que está joven.
- —Ni hablar. ¡Ya tengo tres hijos! Había pensado en comprarles alguna cosa, aprovechando el viaje...

Después de intercambiar los saludos propios de personas que no se han visto en mucho tiempo, le pregunté sobre viejos conocidos; y, de repente, cambiándole la expresión, la mujer me preguntó si había llegado a conocer a Yochan. Cuando le repuse que no, fue a la trastienda y volvió con tres cuadernos y tres fotos de él.

—Quizá sean un buen material para escribir una novela —dijo, entregándomelos.

No puedo escribir cuando la gente me obliga a aceptar un material. Me disponía a devolverlo todo en el acto cuando las fotos de Yozo —ya mencioné en el prólogo su expresión misteriosa— me llamaron la atención y decidí quedarme con los cuadernos.

122

Después de decirle a la mujer que volvería a pasar antes de regresar a Tokio, le pregunté por fulano de tal, que vivía en tal parte y era profesor de la universidad femenina, y resultó que lo conocía. Además, era cliente del café y su casa estaba muy cerca.

Aquella noche, después de tomar algunas copas de sake con mi amigo, acepté su ofrecimiento de dormir en su casa. Me puse a leer los cuadernos y no pegué ojo hasta que los terminé, ya de madrugada.

Lo que estaba escrito pertenecía al pasado, pero estaba seguro de que resultaría interesante para las personas de ahora. Pensé que, más que hacer yo torpes modificaciones, lo mejor sería ofrecerlo a alguna revista que lo publicase tal como estaba.

Compré pescado seco de regalo para mis hijos. Después de contarle a mi amigo lo acontecido, me cargué la mochila medio vacía a la espalda y me acerqué al café.

- —Gracias por todo lo de ayer —comencé, y enseguida fui al grano—. Me pregunto si podría prestarme los cuadernos un tiempo.
  - —Desde luego. Por favor...
  - —¿Todavía está vivo?
- —No tengo la menor idea. Diez años atrás llegó un paquete con los cuadernos y las fotos al bar de Kyobashi. No tengo la menor duda de que lo envió Yochan, aunque no figuraba el remitente. Durante los bombardeos se traspapeló entre otras cosas; pero, sorprendentemente, apareció de nuevo sano y salvo. Hace poco me leí todo lo que estaba escrito en los cuadernos...
  - -¿La hizo llorar?
- —No... Más que llorar, me hizo pensar en que cuando una persona llega a esa situación... Aaah, ya no hay nada que hacer.
- —Como pasaron diez años, tal vez haya muerto. Quizá se los hizo llegar como muestra de agradecimiento. Puede ser que

12

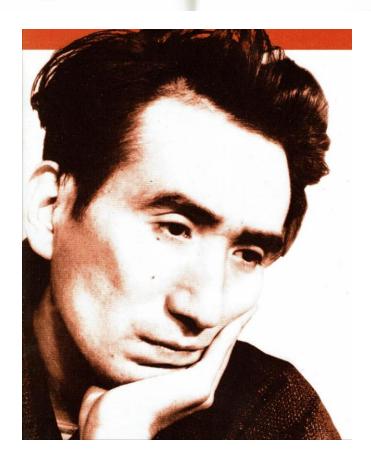
haya exagerado un poco, pero seguro que la hizo sufrir mucho, ¿verdad? Si todo lo que escribió fuera cierto y yo hubiese sido su amigo, imagino que también hubiera querido internarlo en un manicomio.

—Toda la culpa fue de su padre —dijo con la mayor naturalidad—. El Yochan que conocí era muy dulce e ingenioso. Si no hubiese bebido tanto... No, incluso bebiendo de ese modo era como un ángel, un muchacho excelente.

#### Obras de Osamu Dazai en Sajalín editores

Indigno de ser humano (13ª ed.) Ocho escenas de Tokio (4ª ed.) El declive (2ª ed.) Repudiados

124





Osamu Dazai (Kanagi, 1909 - Tokio, 1948), seudónimo de Tsushima Shuji, es uno de los escritores modernos más apreciados en Japón. Décimo hijo de una familia acomodada del norte del país, Dazai estudió literatura francesa en la Universidad de Tokio, aunque se jactaba de no haber asistido jamás a una clase. En la década de los treinta, y tras abandonar la universidad, militó en el incipiente movimiento comunista clandestino, motivo por el cual fue encarcelado y torturado por el régimen militar. Auténtico enfant terrible de las letras japonesas, fue candidato al Premio Akutagawa en 1935 y 1936. Desheredado por su padre a causa de una relación con una geisha de bajo rango y acuciado por su adicción a la morfina y el alcohol, Dazai intentó suicidarse en cuatro ocasiones. Autor de varios libros de relatos y de dos novelas, el reconocimiento no le llegaría hasta la publicación, tras la Segunda Guerra Mundial, de Indigno de ser humano y El declive. En 1948, pocos meses después de la publicación de Indigno de ser humano y una semana antes de cumplir treinta y nueve años, se suicidó con su amante en Tokio arrojándose a un canal del río Tama.

